

Graciela Montes

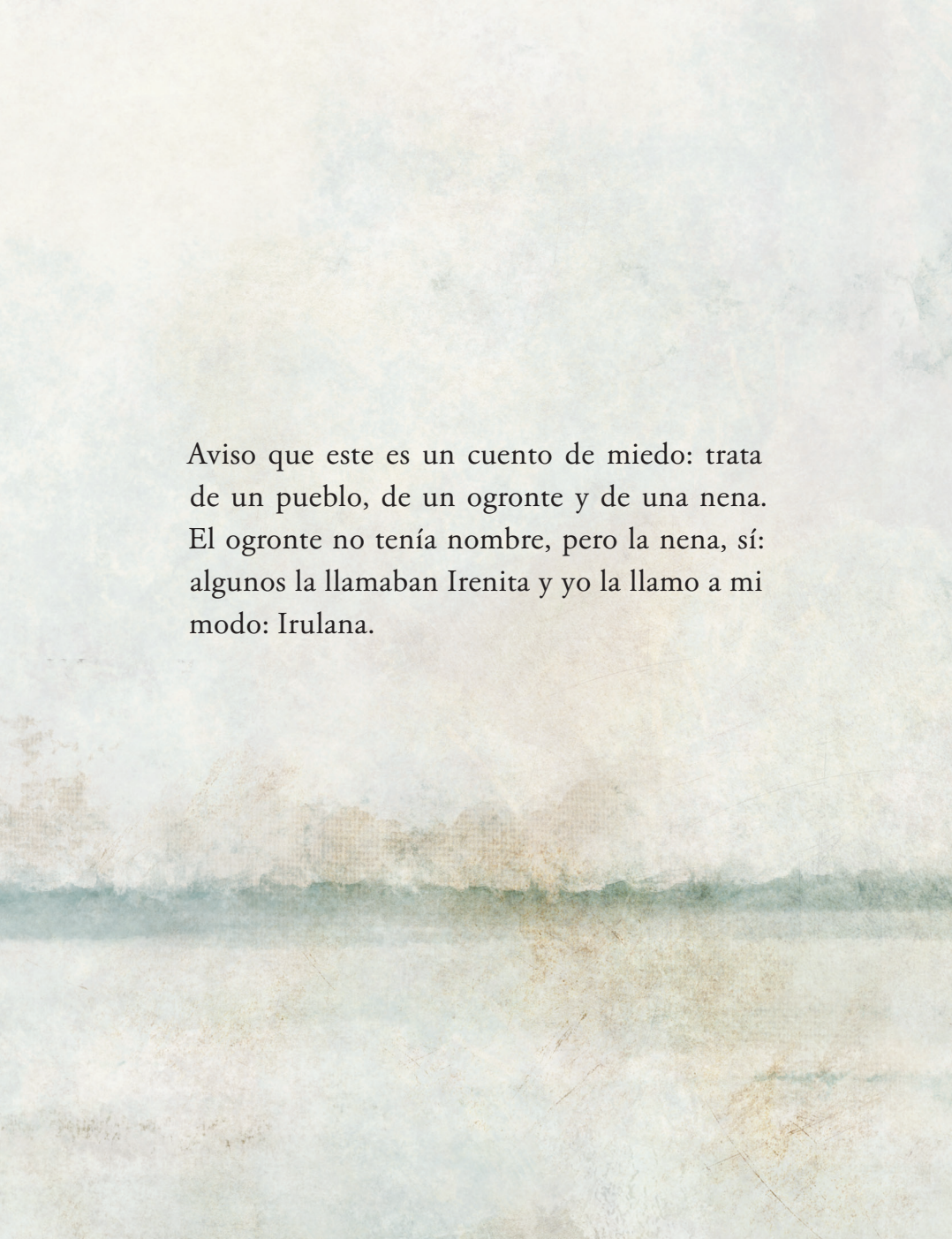
Irulana y el ogronte

(un cuento de mucho miedo)

Ilustraciones de Virginia Piñón

loqueleo



The background of the page is a soft, textured watercolor illustration. It depicts a landscape with a body of water in the foreground, a dark green shoreline in the middle ground, and distant, hazy hills or mountains in the background. The colors are muted, including shades of blue, green, and brown, with a visible brushstroke texture throughout.

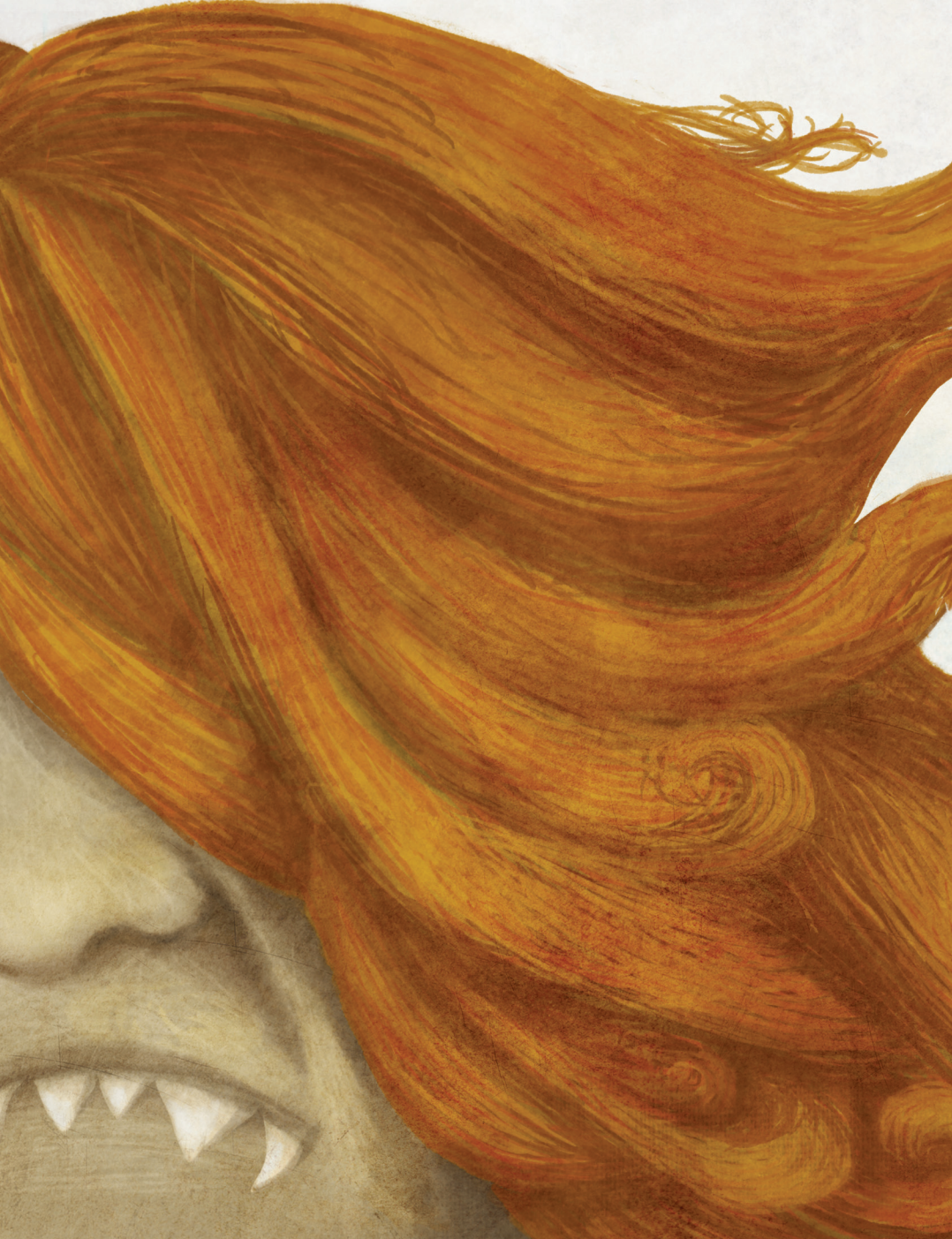
Aviso que este es un cuento de miedo: trata
de un pueblo, de un ogronte y de una nena.
El ogronte no tenía nombre, pero la nena, sí:
algunos la llamaban Irenita y yo la llamo a mi
modo: Irulana.

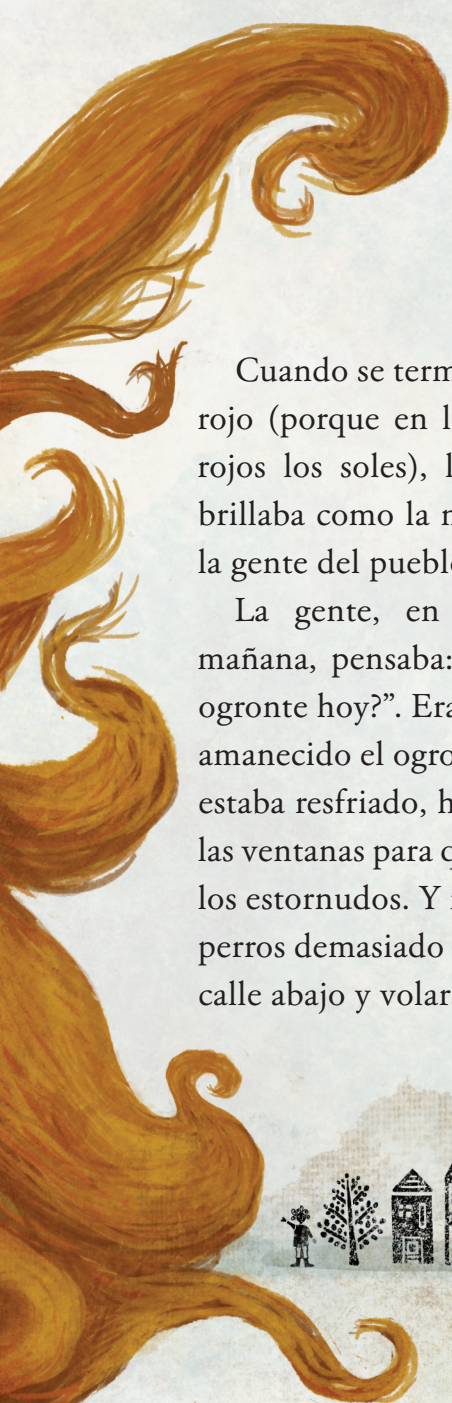
Conviene empezar por el ogronte, porque es lo más grande, lo más peludo y lo más peligroso de esta historia.

No todos los pueblos tienen un ogronte. Pero algunos tienen, y este tenía.







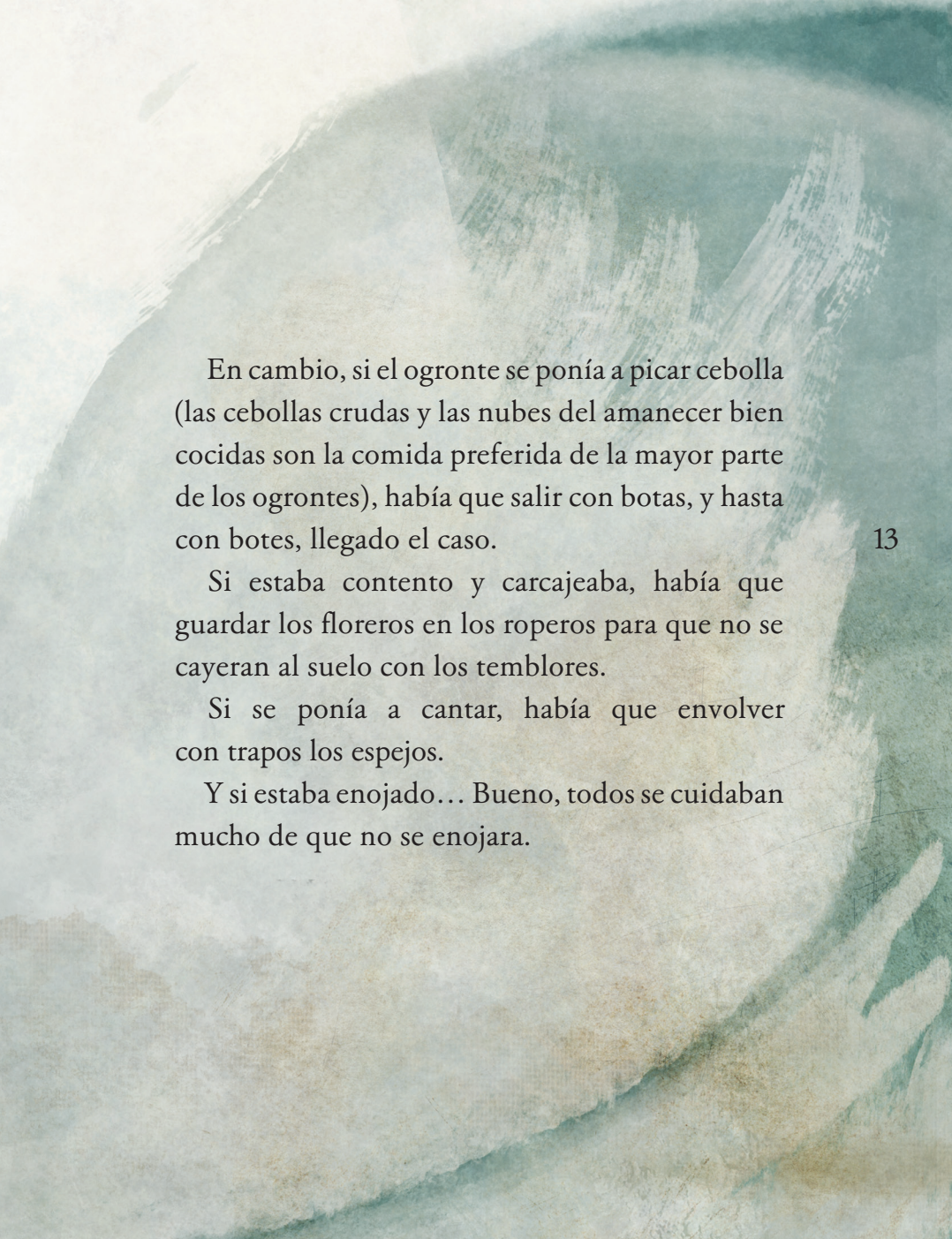


Cuando se terminaba la tarde y el sol se ponía rojo (porque en los cuentos también se ponen rojos los soles), la cabeza peluda del ogrote brillaba como la melena de un león inmenso. Y la gente del pueblo sentía mucho miedo.

La gente, en cuanto se despertaba a la mañana, pensaba: “¿Cómo habrá amanecido el ogrote hoy?”. Era importante saber cómo había amanecido el ogrote. Por ejemplo, si el ogrote estaba resfriado, había que reforzar las puertas y las ventanas para que no se abrieran de golpe con los estornudos. Y no se podía sacar a pasear a los perros demasiado chiquitos porque podían rodar calle abajo y volarse hasta la orilla del río.







En cambio, si el ogronte se ponía a picar cebolla (las cebollas crudas y las nubes del amanecer bien cocidas son la comida preferida de la mayor parte de los ogrontes), había que salir con botas, y hasta con botes, llegado el caso.

13

Si estaba contento y carcajeaba, había que guardar los floreros en los roperos para que no se cayeran al suelo con los temblores.

Si se ponía a cantar, había que envolver con trapos los espejos.

Y si estaba enojado... Bueno, todos se cuidaban mucho de que no se enojara.

Siempre le decían: “Buenos días, señor Ogronte” y “Buenas noches, señor Ogronte”, con muchísimo respeto. Y todas las tardes iban hasta el pie de la montaña y le dejaban canastos repletos de cebollas, vacas muy gordas y flores de colores raros. Y le hacían una gran torta para el día de su cumpleaños. Y le cantaban canciones para que se durmiese.

Todo para que no se enojase. Pero igual un día el ogronte se enojó. Se enojó porque sí (¡vaya uno a saber por qué se enojan los ogrontes!).



